

NOVELA FOX.

15

Con el amor no se juega

Madge Bellamy - Henry Kolker





La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.
Barcelona Tel. 18551
Año I N.º 15

CON EL AMOR NO SE JUEGA

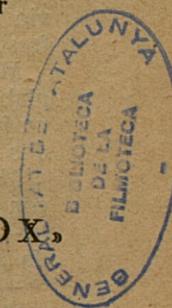
Sugestiva comedia, interpretada por
MADGE BELLAMY



SUPERPRODUCCIÓN «FOX»

Exclusiva de
Hispano Fox Films, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona



CON EL AMOR NO SE JUEGA

Argumento de la película

Dos muchachas presenciaban una boda desde el balcón de su despacho.

Vieron salir la comitiva de la iglesia; el novio era un anciano sesentón; la novia tenía la frescura de la primavera.

Magde y María, las dos curiosas que contemplaban el desfile, eran empleadas del bufete de un famoso abogado especialista en desatar nudos conyugales.

María, viendo el lujo de la fiesta, exclamó con una sonrisa de envidia:

—Realmente, Magde, las bodas son cosa linda... aunque no sean duraderas...

—Si los enlaces entre gente rica fuesen permanentes, nuestro patrón volvería a ser lo que fué: un vulgar picapleitos.

—¿Crees tú que esa boda irá al agua?

—¡Sí! La novia es Lorna Watson... y con ésta es la quinta vez que se casa desde que estoy aquí...

Las dos amigas se retiraron de su observatorio para continuar el trabajo del día.

Magde ganaba treinta y cinco dólares a la semana por manejar millares en pensiones a favor de divorciadas.

—Voy a enseñarte el ticket correspondiente a Lorna—dijo a María.

Buscó en el fichero y entregó un cartoncito a su amiga.

Esta leyó:

CUENTA DE LORNA WATSON

| Nombre marido | Fecha divorcio | Pensión semanal |
|------------------|----------------|-----------------|
| 1 Felipe Meek | Febrero 1923 | 50 dólares |
| 2 Roscoe Swift | Marzo 1924 | 250 dólares |
| 3 Emerito Coffin | Mayo 1925 | 500 " |
| 4 Juan Burtelr | Julio 1926 | 750 " |

—¡Ya ves! — contestó Magde—. Lorna es una muchacha que se las trae... Va coleccinando maridos para aumentar las pensiones semanales. Tiene ya una verdadera fortuna...

—¿Y con quién se ha casado ahora?

—Con Jorge Estabrook... Por cierto que puedes agregarlo a la lista como marido número cinco.

María escribió a máquina el nombre y preguntó:

—Debe ser muy viejo ese Estabrook...

—Es tan viejo qué los huesos le agujerean la piel, pero tiene una fortuna de diez millones.

Magde con la ficha entró en el despacho del

abogado. Era éste Rodney S. Vohen que fué admitido en el Colegio de Abogados seguramente en un momento de descuido.

La empleada le mostró la ficha de Lorna, y el letrado sonrió pensando en un nuevo divorcio que, naturalmente, le proporcionaría pingües beneficios.

—Recuérdeme llamar a Lorna dentro de quince días... si ya no es viuda para entonces —dijo.

Poco después Rodney comenzó a recibir a las clientes...

La primera fué una señora quien con gran tristeza manifestó querer separarse en el acto de su marido infiel... ¿Cómo hacerlo para que el juez concediese el divorcio?

Rodney le dió instrucciones.

—Es preciso, señora, mostrarse muy amable, muy insinuante con el Tribunal de Divorcio. Algunos jueces se inclinan por las folletinitas de ademanes patéticos; otros, por la mímica de revista.

Y le explicó cómo debía comportarse para actuar con éxito ante el juez. Como elemento indispensable debía mostrar con cierta malicia las piernas.

—Pruebe usted...

La dama cabalgó una pierna sobre otra, pero con un movimiento brusco, varonil.

—Esa actitud jamás influenciará a un juez, señora... ¿Es que no tiene usted alma en las

piernas? Hay que hacerlo con suavidad, con coquetería.

Tocó el timbre y apareció Magde.

—Señorita —le dijo—, sírvase representar la escena legal número siete para que la señora Richards vaya aprendiendo.

Y Magde, maestra en el arte de la seducción, comenzó a hablar con melosa dulzura y a mostrar lentamente las hermosas piernas de seda, todo ello de un modo calculado, estudiado, a fin de volver suave como un guante al juez más tremebundo.

—¡Bien, señora! —dijo el abogado a Magde y como si representase el papel de juez—. ¡Me ha convencido usted!... ¡Tiene usted concedido el divorcio!

—¡Oh... gracias... señor juez! —repuso con dulce amabilidad la supuesta esposa.

—¿Tendrá suficiente con quinientos dólares semanales de pensión? —dijo Rodney.

Magde aceptó, riendo...

El abogado volvióse hacia la señora Richards y le dijo:

—¿Qué tal le ha parecido la función? Es así, de ese modo, cómo deben ser tratados tales asuntos.

Pero la señora Richards, que había permanecido silenciosa durante toda la escena, se levantó y dijo:

—He cambiado de idea, señores... No quiero poner a mi marido en el trance de gastar tanto.

Y marchó dejando al letrado y a su secretaria de profundo mal humor por el fracaso.

Magde volvió a su despacho... En la antesala se hallaban numerosas señoras, más o menos cansadas de sus maridos... Pero todas antes de que el abogado se ocupara de su asunto, debían pasar por el interrogatorio de Magde.

Una damita contó su desesperado caso a la muchacha.

—¡Figúrese usted!... No quiere tomar una copita, ni jugar al golf ni ir al Club conmigo... Y sólo porque es dueño de dos compañías de ferrocarriles no piensa más que en pasarse la vida viajando...

Un micrófono colocado disimuladamente sobre la mesa de Magde trasmisitía toda la conversación al contiguo despacho del abogado.

Este, después de escuchar lo que decía la demandante, apretó un botón eléctrico. Dos pequeñas letras aparecieron sobre un cuadro de la oficina de Magde.

Decían O. K. y aquello debía traducirse por: aceptable.

Magde sonrió. El abogado sólo se encargaba de casos de mujeres ricas.

—El señor Rodney — dijo — tendrá mucho gusto en encargarse de su asunto.

Luego le tocó el turno a otra señora... Era una dama poco interesante, ridícula.

—Mi marido no me quiere — explicó —. El otro día dió el pez dorado de la pecera al

gato... Y ayer puso un nidal de ratones en los pijamas de mi abuelita.

Rodney desde su mesa apretó otro botón. ¡Fuera... fuera!...

En el cuadro eléctrico aparecieron dos letras: N. G. que significaban: No aceptable.

Y Magde se excusó cortésmente de encargarse del caso.

—Su marido no tiene nada de particular. En casos así no animamos a nadie a divorciarse...

Y tras de aquella señora, vinieron otras, otras y así toda la mañana y cada día...

Y Magde más que en el amor iba creyendo sólo en el divorcio...

* * *

Algun tiempo después, una mañana se presentó en el despacho una elegante señora.

—¡Hola, Magde! — dijo abrazándola —. Ya pasaron los dos meses de rigor y aquí me tiene usted por quinta vez en busca de la pensión...

—Llega usted a tiempo, señora Estabrook — dijo ella riendo, al pensar que se habían cumplido sus vaticinios sobre su boda —. El señor Rodney dictó antes de la boda la lista de sus quejas domésticas.

La señora Estabrook fué introducida en el despacho de Rodney. Este la recibió con los brazos abiertos.

—¡Lorna Meek Swift Coffin Botler Estabrook! ¡Mi clienta favorita!

—¡Por no perder la costumbre aquí me tiene! —Lo presentía! ¿Y sobre qué basaremos esta vez nuestra demanda de divorcio?

—¡Crueldad! ¡Malos tratos! ¡Se pasa gritando todo el día y por la noche ronca como una sirena!

—¡Bien... ya tenemos la causa!... ¿Y cuánto querrá de pensión?

—¡Esta vez exijo mil dólares semanales!

—¡Aprieta usted! ¡Y pensar que apenas hace cuatro años la inicié a usted con una pensión de cincuenta!

—Le confesaré, Rodney... Esto de divorciarse con gente rica que nos pase luego una pensión es un magnífico negocio, pero ahora, después del éxito, estoy pensando en retirarme y hacer un matrimonio de amor...

Concretó aún algunos datos con Rodney y despidióse hasta el día de la vista.

En el corredor saludó a Magde y la dijo:

—Este sistema de las pensiones proporciona el vivir más dulce y regalado de la tierra. ¡Figúrese si cobro dólares al mes! Se casa una con algún millonario, aunque no le guste, se simulan malos tratos... ¡y llega la pensión en toda forma!... ¿Por qué no caza usted un ma-

rdo rico y luego se divorcia, Magde? Es cosa fácil y yo la ayudaré...

—¡Oh, no creo que sirva para eso!...

—Si se presenta ocasión, dígamelo...

Y Magde durante todo aquel día no se quitó de la cabeza las frases de su amiga.

Un casamiento, aunque fuera sin amor... y luego el divorcio con la correspondiente y espléndida pensión. ¿No era resolver para siempre el porvenir?

Cierto día, en el "metro", atestado a aquella hora de la tarde, Magde sostuvo una discusión con un joven que, a causa de la aglomeración, dió varios vaivenes y cayó varias veces sobre ella.

El muchacho se excusó lo mejor que pudo, pero ella creyendo que había sido hecha la aproximación con toda intención, le miró con extraordinaria dureza.

Después, en la calle, Magde se dió cuenta de que el desconocido la seguía. Y redobró el paso, furiosa e indignada, contra el "fresco".

En realidad a aquel muchacho le importaba poco la linda y disgustada joven. Si iba detrás de ella era porque ambos llevaban igual dirección.

De pronto Magde metió involuntariamente el pie en la reja de una alcantarilla situada en la calle y le quedó apresado entre los hierros. Descalzóse, pero a pesar de sus esfuerzos no pudo sacar el zapato de su prisión.

Pasó el joven desconocido y sonriendo, se

inclinó para quitar el zapato. Tiró fuertemente de él con tan mala fortuna que arrancó el zapato... pero dejó el tacón...

Desesperada, Magde se colocó el calzado y cojeando entró en la casa de Rodney. ¡Valiente imbécil el jovenzuelo!

Este, después de grandes esfuerzos, logró coger el tacón y fué siguiendo a Magde para devolvérselo.

Magde había entrado en el despacho y decía a su amiga María:

—¡Un "fresco" me ha seguido en la calle! ¡Con lo que me gustan a mí esos pollos entrometidos!

Sin querer acordarse más del asunto, consultó los papeles que tenía sobre la mesa. Vió un cheque de mil dólares que acababa de enviar el señor Estabrook para su esposa Lorna.

—Estas mujeres ganan un dineral por dejar de cumplir con sus deberes—dijo Magde—. ¡Y yo no gano más que treinta y cinco por cumplir bien con los míos!

Apareció el joven de la calle, y Magde, sorprendida por el atrevimiento, le gritó:

—¡De veras, señor Fresco, que es usted terco!

—Señorita... dispense... pero...

Apareció el abogado quien al ver al muchacho corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¡Celebro verte, John!... ¡Ya tengo todo arreglado para la venta de tus bosques!

Magda le miró sorprendida... ¿De modo que

el joven no la había seguido adrede sino que iba a casa del abogado? ¡Qué casualidad! Y ya no le pareció tan peggadizo como antes...

Entraron en el despacho de Rodney. Este dijo a Magde:

—Haga el favor de traerme los documentos relativos al asunto del señor Webb.

Magde volvió con un legajo de papeles... ¿Qué negocios tendría aquel muchacho?

El abogado consultó varios papeles y dijo a John:

—¡Firma aquí y cobrarás un millón! ¡Eso es más de lo que tu padre hizo en su vida, John!

John firmó y dijo:

—Tengo suerte en que todo esté ultimado porque no puedo permanecer aquí más de tres días..

Magde le miraba con extraordinaria curiosidad. ¡Aquel joven era millonario! Se acordó de pronto de los consejos de Lorna. ¿Por qué no seguirlos? ¿Por qué no casarse con aquel hombre que le era totalmente indiferente, y divorciarse después para lograr una magnífica pensión durante todo el resto de su vida?

¡Sí, sí! ¡Qué plan tan hermoso!

Y sonrió a John que era un rico propietario del país, y le miró con sus grandes y rasgados ojos negros.

John sonrió a su vez. ¡Cuidado que era encantadora la chiquilla del tacón!...

Y con ánimo de hablar con ella, dijo a Rodney:

—¿Me permites dictar una carta a tu taquígrafa?

—¡Sí, hombre!... ¡Instálate aquí mismo! Yo voy a salir...

Cuando quedaron solos, John comenzó a dictar una carta a Magde que sonreía apasionada-



—¿Me permites dictar una carta a tu taquígrafa?

mente, pero de pronto, interrumpiendo el dictado, él le mostró el tacón.

—¡Tome usted, señorita! Y siento mucho haber metido el pie esta mañana. ¿Me perdonas?

—¡Yo sé que he metido el pie! —dijo ella riendo—. Ya lo creo si le perdonas. ¡La culpa es mía, sólo mía!

—Hace unos días que estoy de suerte. Primero la ventajosa venta de mis bosques... y luego... el encuentro con usted.

—¡Oh, qué diferencia!

—¿No es suerte encontrarse con la mujer más bonita de todo Nueva York?

Ella se echó a reír alegremente. ¡Qué bien iban las cosas, qué bien! Era preciso alimentar aquel fuego de amor que despertaba...

Y tan amable, tan cariñosa estuvo con el joven que al despedirse quedaron citados para el siguiente día, domingo.

Magde ya se veía divorciada... y con automóvil propio. John era sólo un medio para llegar al fin.

• • •

Domingo...

El plan de Magde para este día era cazar a John... casarse pronto... y divorciarse en seguida.

Comieron juntos, fueron al teatro, compraron flores... Ella se hacía la modesta, la humilde...

En la floristería no quiso aceptar unas hermosas rosas que él le ofreciera.

—¡No, John! Las rosas son demasiado caras. Es mejor que ahorres ese dinero.

Al anochecer se declaraban su amor... Al anochecer se declaraban su amor...



Comieron juntos...

Las cosas iban con una rapidez de... novela. Llegó el lunes...

Un brillante en la mano vale más que ciento en la joyería. Esto pensaba Magde mientras se ponía en el dedo una magnífica sortija de prometida que John quería comprarla.

—¡Es preciosa! —dijo ella admirando sus lúminos reflejos—. Pero veremos otras sortijas más baratas...

Se la quiso quitar... y no pudo. Ajustaba demasiado...

—¿Ves? —le dijo él, sonriente—. ¡No puedes sacarla! ¡Tendrás que quedártela para complacerme!

Y ella aceptó... contenta de ello.

En la propia joyería encontraron a Lorna que iba con un caballero anciano.

Se saludaron las dos amigas... y Lorna dijo, aparte, a la empleada:

—¡Por lo que veo ha seguido usted mi consejo! ¿Tiene dinero?

Y señaló a John que hablaba aparte con el otro caballero.

—¡Tiene millones! —exclamó Magde con alegría.

—¡Magnífico! ¡Me encantaría que celebraran sus bodas en mi casa!

—¿Por qué no? Voy a decírselo a John.

El novio no puso ningún inconveniente... Al día siguiente sería el casamiento. Encantado de que tuviese lugar en casa de una amiga.

La casa de Lorna podía llamarse la de los cinco maridos.

A la otra mañana Magde se hospedó en aquélla y se preparó para la boda que se celebraría por la tarde.

Bañóse, se vistió y alhajóse espléndidamente.

te... ¡Qué vida aquella! ¡Si parecía un cuento de hadas!

A media tarde comenzaron a afluir los invitados, entre los que no podía faltar el abogado Rodney, satisfechísimo por la magnífica suerte de su empleada.

—¡Mil parabienes!—le dijo—. ¡Un divorcio no me haría más feliz!

Magde fué luego a reunirse con Lorna que estaba tan contenta como si fuera ella la propia novia.

Y con un mohín de tristeza dijo Magde:

—No sé, pero me parece que no obro bien casándome con él por su dinero. Apenas le conozco y...

—¿Pues qué se necesita para casarse, pobreza?—dijo Lorna.

—Estoy avergonzada de mí misma... porque me quiere de verdad.

—¡Bah! ¡Eso no es nada, hijita! ¡Ya se le pasará!

Volvieron al tocador para dar los últimos detalles a la "toilette".

Apareció en el salón contiguo, John, el novio. ¡Qué feliz se sentía esperando el momento de la bendición nupcial!

El perrito de Lorna con sus patitas abrió la puerta del tocador como cosa de un palmo.

Llegaron a los oídos de John voces femeninas entre las que distinguió la de su novia.

Se sorprendió al escuchar lo que decían.

—Lo que hace usted de casarse por dinero,

lo hacen muchas jóvenes!—decía Lorna—. Es cosa de cada día!

Un profundo estupor se apoderó de John. ¡Dios!... ¿Era posible aquel engaño?

Siguió escuchando con el corazón palpitante.

Lorna seguía dando consejos a su amiga.

—Durante la luna de miel, el hombre es prácticamente inconsciente. Entonces es el momento de preguntarle en qué valores tiene invertida su fortuna.

Magde luchaba entre varios sentimientos.

—Puesto que John tiene millones—agregó Lorna—con la pensión que va a sacarle podrá usted vivir como una gran duquesa.

—¡Ya lo sé!...

—Domino la técnica del divorcio y de la pensión. Si necesita un consejo, avísemelo...

Como las dos mujeres iban a salir, John abandonó la estancia para volver poco después acompañado del abogado Rodney.

Lorna y Magde se reunieron con ellos. La primera contempló emocionada a John que vestido de frac era un gallardo buen mozo.

—¡Está usted magnífico! — le dijo—. ¡En ninguno de mis matrimonios había visto un novio tan guapo!

Le habló mucho, pero el abogado cogiéndola por un brazo la apartó lejos de allí.

—¿Será posible, Lorna?—le dijo asombrado viendo su excitación—. ¡Yo creía que te habías retirado a la vida privada!

—¡Qué hombre! ¡Este es de los que pueden aceptarse con o sin pensión!

Mientras tanto John contemplaba con cierta melancolía a la que iba a ser su mujer.

¡Ah, qué maldito secreto acababa de descubrir! Pero ¿qué iba a hacer ahora? ¿Aplazar la boda porque aquella muchacha le quería sólo por interés? No era posible sin dar un gran escándalo...

Había que buscar otros procedimientos para castigar a la interesada. Y los encontraría.

Ahora era preciso disimular...

Y poco después se celebraba la boda en la misma casa.

Aquella misma noche salieron en tren para el viaje de novios en dirección a Haway.

Luego deberían tomar el vapor que les conduciría a las pintorescas islas.

Los recién casados se encontraban en un departamento reservado. Ella le miraba con miedo, con cierta turbación... Aunque se había casado por dinero, no dejaba de resultarle atractivo su marido.

John hablaba de cosas indiferentes sin dejar traslucir el disgusto que había en su alma.

Entró el mozo del tren y preparó las camas.

Mientras efectuaba esta operación John se fué a fumar a otro departamento, dejando sola a su esposa.

Volvió a salir el mozo... ¡Ya estaba todo, señor!... ¡Buenas noches!



Aquella misma noche salieron en tren...

Sonrió John y siguió aún en su asiento sin grandes prisas al parecer.

El mozo le contemplaba embobado. ¡Vaya nochecita de bodas!

Magde al quedar sola, se había desnudado,

y con gran timidez se metió en una de las literas.

De pronto escuchó pasos... Debía ser su marido... Cubrióse pudorosamente hasta la cabeza... ¡Qué miedo!

John penetró sonriente... Abrió una maleta y sacó de ella varias prendas interiores.

Magde miraba apartando discretamente el embozo.

El joven la sorprendió de pronto en su espionaje... ¡Qué guapa estaba! ¡Cómo brillaban sus ojos!

Se sintió turbado; por un momento pensó que cedería a la tentación de abrazarla y besar sus labios, pero se contuvo.

Había que demostrar valor, energía... A él nadie le burlaba...

Sonriente se llevó la ropa y dijo con naturalidad:

—¡Buenas noches, Magde... que descanses!... Yo pasaré la noche en el otro vagón!

Y salió.

Magde abrió unos ojos tamaños... Pero ¿era posible aquello? Desalentada y sin comprender la absurda actitud, se dejó caer en el lecho...

Pudo finalmente conciliar el sueño y al amanecer despertó ante unos golpecitos que daban a la puerta.

Era el mozo del tren que decía:

—Dice el señor que se vista... que bajarán en la primera estación!

Desorientada, ignorando por qué motivos su

marido se comportaba con tanta indiferencia el primer día de bodas, Magde se vistió... y fué a reunirse con John, quien la saludó muy respetuosamente como la cosa más natural del mundo.

Ella le miraba como reprochándole su actitud... ¿Es que estaba loco?

Descendieron en una estación solitaria, poblada de bosques. Magde preguntó con extrañeza:

—¡John, esto no se parece en nada a Honolulu! ¿Por qué hemos bajado aquí?

—Tengo que arreglar aquí algunas cosillas antes de proseguir el viaje—dijo él.

Subieron a un desvencijado automóvil y comenzaron a caminar por caminos bordeados de árboles.

La chica no salía de su asombro. ¡Valiente luna de miel!

Por el camino él le dijo señalando unos bosques:

—Esta es una de mis propiedades forestales —dijo John—. Las cabañas están muy bien. Hay víveres en abundancia y nada te faltará...

Llegaron ante una cabaña... Entraron en ella. Todo rústico, sencillo, sin ninguna comodidad. Dos muchachos salieron al encuentro de los novios...

—Estos dos jóvenes estarán a tu disposición —dijo John a Magde que no osaba pronunciar palabra—. No hablan más que sueco, pero es una lengua muy fácil de aprender.

—¿No estarás tú conmigo? —preguntó al fin.

—Tengo que salir ahora urgentemente durante unas horas... Si tienes hambre, hallarás todo lo necesario en la cocina.

La joven se dejó caer en una silla. ¡Y para eso se había casado! ¿Qué clase de hombre era aquel? Primero lo de la noche anterior y ahora...

John se despidió de ella y al marchar dijo a los dos muchachos, que eran empleados suyos:

—¡No lo olviden, jóvenes!... Ustedes son suecos y no hablan una palabra en ningún otro idioma.

—¡Comprendido! Nos haremos el sueco.

John marchó a otra cabaña cercana donde almorzó espléndidamente... Era preciso dar una lección a su mujer... y se la daría.

Magde tenía hambre... y fué a la cocina a buscar alimentos... Encontró unos botes de mermelada que abrió... pero... la confitura era rancia y pestaba... ¡No pudo comer! Por fin, después de mucho buscar, halló una modesta lata de sardinas que probó con disgusto.

¡Dios mío! ¿era esto una luna de miel o un arresto en toda forma?

Tenía frío... Dirigióse a la chimenea y encendió leña. Pero la chimenea tenía al parecer obstruido el tiro o algún leño no había encendido bien, lo cierto fué que se llenó la habitación de humo y Magde se manchó todo el rostro al pretender apagarla.

Llegó uno de los muchachos y abrió el tiro

de la chimenea saliendo perfectamente el humo.

Magde iba sucia, grasienta y preguntó con indignación:

—¿Dónde está el cuarto de baño? ¿O es que no se bañan ustedes nunca?

—¿Copenhague? — respondió el sueco haciéndose el idem.

—¡Rábanos fritos! ¡Aqua! ¡Jabón!

Y por medio de desesperada mimica le dió a entender que quería bañarse.

El la llevó a una ducha. La señorita podía tomar un baño.

Dió las gracias y se desnudó...

Los dos ayudantes fueron a llenar el depósito de agua pero erróneamente echaron en uno de los cubos un bote de barniz para pintar automóviles y Magde al abrir el grifo se vió bañada por un agua negra y maloliente...

Dió un grito desesperado, de furor... Envivióse en una bata... y salió a recriminar lo que creyó una broma de aquellos hombres.

Estos se excusaron... en sueco...

El grito había sido oído desde la otra cabaña por John, quien acudió a ver lo que ocurría.

Al contemplar sucia y desesperada a su mujer se echó a reír...

—¡Vamos! ¡No te enfades! —le dijo él—. ¡En el campo esas cosas ocurren cada día!

—Pues entonces, es mejor morirse...

—¡No, chiquilla!... ¡Ya te acostumbrarás!...

Y siguió con su sonrisa burlona que a Magde le crispaba los nervios. Pero ¿con quién se había casado, con un hombre o con un ave fría?

lentamente el que John le recordó al vino
nos brindó y más tarde le hizo el signo
de la suerte. — ¡Muy bien! —
— * * * — Luego se sentaron juntos en
el coche de Magde. — ¡Pero yo no
quiero la boda! — que se ha
hecho la novia

Aquella misma tarde Lorna recibió un telegrama urgente de Magde:

**Estoy en el Pino. El dulce vivir se vuelve
agrio. ¿Qué hago? Recuerdos.**

Magde.

— ¡Haz mi maleta! — gritó Lorna a su criado. — ¡Parto en misión de caridad!... Y marchó en automóvil inmediatamente hacia El Pino con un impetuoso deseo de volver a ver a John.

Al día siguiente llegó a la cabaña. Reinaba un frío de tiempo y de sentimientos, escalofriante... Y con tendencia a un descenso mayor...

John, que estaba en el bosque, vió descender ante la cabaña a Lorna. Sonriente dijo a un empleado:

— Aquí viene ya la administradora de mi mujer. ¡Preparémonos!

Magde corrió a recibir a su amiga. Entraron en la casa.

Solo una hora más tarde Lorna regresó.

— ¡Cuánto me alegra que haya venido! ¡Necesito su ayuda!

— ¿Qué ha sucedido?

— Absolutamente nada... y eso es lo que no

puedo comprender!...

Hizo un gesto de desesperación...

Lorna se echó a reír. ¡Qué curioso!

— Antes de la boda me trataba como a un ángel... Ahora me trata como a un demonio... — agregó la desdeñada esposa.

— ¡Magnífico! ¿No quería usted motivos para obtener el divorcio?

— Sí... pero yo no quería precisamente ser una novia sin besos...

— ¡Bah! ¡Cada uno es como es!

— Estoy flaqueando. Me casé con él para divorciarme en seguida... y ahora me asusta la idea de separarme de su lado...

Lorna estaba contenta. Ella deseaba separar a John de Magde para quedárselo a su vez. ¡Le había impresionado tanto aquel mozo!

— No debe usted desfallecer — le dijo. — Déjelo todo en mi mano. Los hombres son unos necios y deben pagar algo por el privilegio de serlo...

Y riendo le mostró una magnífica pulsera de oro.

— ¡He aquí mi último botín! El caballero donante es tan viejo que tuvo que sentarse mientras lo compraba.

— ¡Ay, Lorna! ¡Yo no puedo ser así!... Yo me siento más mujer, más enamorada...

—No pase usted el menor cuidado. Voy a ir preparando a John, inmediatamente. Es preciso un rápido divorcio.

Entró John, y Lorna le recibió con grandes muestras de alegría.

—Magde me telegrafió diciendo que estaban ustedes aquí y no pude resistir a la tentación de venir a verle...

Y estrechándole cariñosamente la mano se sentó a su lado, muy pegada a él, sólo teniendo miradas para su rostro.

Estaban junto al fuego crepitante.

Magde se sentó al lado de su amiga, un poco amoscada por las excesivas caricias que ella prodigaba a John.

Este nada decía y sonreía ante el cúmulo de palabras dulces de Lorna.

—Adoro los hogares de leña—decía Lorna—especialmente cuando quien está a mi lado es el dueño de los bosques que producen el combustible. ¡Ay!

Le acarició un brazo... y luego, le dijo:

—Gozosa pasaría aquí toda la vida... con usted!

Le miraba mucho... y John se apartó discretamente. ¡Ah, gata vieja! ¡Cómo conocía los trucos!

Y se levantó sonriendo y marchó alegando un trabajo urgente en el bosque.

Magde había sentido el escozor de los celos y cuando salió su marido, dijo, violenta, a Lorna:

—¡Está usted excediéndose!—le dijo—. ¡Recuerde que John es casado!

—Hago este sacrificio por usted—dijo ella, con voz tranquila—. No olvide que soy su mejor amiga.



—¡Gozosa pasaría aquí la vida... con usted!

—Sí... siempre es nuestra mejor amiga la que nos traiciona...

—¡Vamos... no se enfade!... Piense en la pensión que podrá exigirle. Esta noche me veré con él fuera, y así tendrá usted una prueba aplastante.

John había escuchado desde la puerta aquellas palabras... ¡Bien... bien... ya verán! ¡De él no se burlaba nadie!

Llamó a uno de los "suecos", trocó su vestido con el suyo y le ordenó que aguardase por la noche en el cercano jardín. Le dió instrucciones...

Más tarde Lorna se dispuso a ir al jardín para ver si encontraba a John que no podía tardar en regresar...

Magde le dijo, luchando entre el amor y el interés:

—¡Tenga cuidado, Lorna!... Es un recién casado que aun no sabe lo que son besos.

—¡No podrá decir lo mismo cuando yo vuelva...

Lorna salió al jardín... Vió de espaldas junto a un árbol a una sombra varonil... ¡El!...

Fué a su lado y le abrazó estrechamente...

¡Cómo le quería!

Magde desde la ventana vió aquel fuerte abrazo y comenzó a llorar amargamente. ¡Mala amiga!... ¡Oh! Magde quería a su John... ahora al ver que pretendían robárselo, sentía amor... Era bien claro que Lorna quería arrebártárselo.

No tardó Lorna en aparecer ante Magde.

—¡Chica!—le dijo—. ¡Qué hombre! Es preferible a la mejor de las pensiones.

—¡Gata ladina!—rugió Magde en arrebato de celos—. ¡Esto es un complot en toda regla

para quitarme el marido! ¡Tú no bromeas!... ¡Lo haces en serio!

—¿Y qué importa? ¡Si te casaste por intereses!

—¡No... no!... Las mujeres que sólo buscan en el matrimonio la pensión del divorcio, dejan escapar la felicidad... pero mi marido es mío y no te lo llevarás.

—¡Lo veremos! Ya le he regalado la pulsera.

—¡No! ¡Yo le quiero... le quiero!

Lorna descubrió de pronto, asombrada, a John que desde una puerta había escuchado aquellas palabras.

Se sorprendió. ¿Cómo podía salir aquel hombre de dentro de la casa si acababa de dejarle en el jardín?

La respuesta se la dió la entrada de uno de los "suecos" que reía luciendo en la muñeca la pulsera de oro que Lorna le había dado en la confusión, pues era a él a quien había abrazado.

Todo lo comprendió Lorna.

—¡Se han burlado ustedes de mí!—rugió— ¡Canallas!

Y rechazando al antipático "sueco" al que erróneamente había prodigado sus besos, abandonó la casa y subió a su automóvil para volver a Nueva York. ¡Cómo se habían burlado de ella!

Magde y John quedaron solos...

Ella comprendió... No era a John a quien la

falsa amiga había dado sus besos. Y una gran ansia de amor llenó su corazón...

—¡John! —le dijo—. Sospecho que sabes ya la verdad... que me casé contigo por divorciarme y cobrar la pensión...

—¡Sí!... —dijo John—. El prometido es tu marido.

—¡He sido una infame! Divórciate de mí... y sólo te pediré que me perdonés.

—¡Ahora no, Magde!... He oido que me querías, que me amabas, ¿es cierto?

—¡Te adoro, John, pero soy indigna de tu amor!...

—¡Con toda mi alma te perdono!... ¡Quiero que seas mi amada! La razón ha llamado a tu alma... y lo que fué interés se ha convertido en amor, ¿verdad?

—¡Por toda la vida!... —dijo John—. Y se dieron el primer beso de novios.

FIN

En breve:

Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRÁFICA

para

1929

Alarde de buen gusto artístico y literario, como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para colecciónar las postales de L. N. S. C. de 1928

S E X C L U S I V A
D E V E N T A

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID

B.